

EL ARMA SICOLOGICA COMO FACTOR DE VIOLENCIA

Por

Manuel M. DURAN Ros
Teniente de Infantería de Marina
Armada de España

★

La propaganda será un arma terrible en manos de quien la sepa utilizar.

De "Mein Kampf".



ACE POCO tiempo hablaba con un compañero sobre la guerra psicológica. Me decía que él la consideraba dividida en varios grupos —para su estudio—, al último de los cuales denominaba "desinformación". Me aclaró mi interlocutor que "desinformación es la propaganda basada en información siempre falsa".

Después de aquella conversación estuve algunos días dándole vueltas al tema. Recurrí a libros, comprobé notas y analicé las consecuencias de una acción psicológica por "desinformación". Entonces comprendí la conveniencia de hacer un breve estudio del arma psicológica (4) a través de sus resultados, lo que será, además, justificativo del título que recibe el presente artículo; o sea, el de "el arma psicológica como factor de violencia", pues ya veremos que, siendo hipotética una acción bélica convencional, e incluso no convencional de guerra abierta —debido a que la guerra por medio del terrorismo, desarrollada por "grupos de acción" pequeños en número, resulta más económica, eficaz y popular que una guerra declarada—, sólo hay un modo de luchar: la violencia revolucionaria.

Que unas veces se manifestará como violencia síquica y otras como violencia física; pero violencia al fin y al cabo.

La violencia

La violencia es un hecho social. Es una realidad innegable a la que no es posible sustraer nuestra atención, sobre todo cuando ha cobrado la actualidad que la mantiene, permanente e indefectible, en las páginas de la prensa internacional.

La violencia apareció con la vida misma; desde sus comienzos, la humanidad ha sido violenta, hasta el extremo de que el "equilibrio ecológico" está basado en la existencia de los depredadores. Las guerras —violencia— han sido, en cierto modo, la solución para los problemas planteados por la explosión demográfica en el mundo y, asimismo, cauce de grandes progresos científicos; se entiende que no queremos justificar con ello la guerra, pero sí exponerla como un ejemplo más de cómo la violencia condiciona un sinnúmero de actividades y fenómenos humanos.

Pero fundamentalmente, la violencia ha sido, es y será, un medio de coacción.

En un principio existió la "ley del más fuerte", la cual, aunque solapadamente, ha llegado hasta nuestros días; no parece necesario explicar cómo, en función suya, el "débil" ha de soportar toda clase de imposiciones, ya que al no existir un recurso legal "distinto de la fuerza", ha de ceder ante —y aquí aparece ya— la violencia del "más fuerte".

Modernamente, la aparición de los "estados de derecho" —en el ámbito nacional— y del concepto de "soberanía nacional" —en lo internacional— regulan las relaciones entre seres humanos, individual o colectivamente. Pero, aun así, fijémonos en la simple denominación de "fuerzas de disuasión", por ejemplo, en cuyo solo título lleva intrínseca la más clara coacción para que un enemigo "potencial" serene sus ímpetus, si los tiene, o para que, otras veces, podamos imponer nuestros, quizá, arbitrarios criterios, sin necesidad de recurrir a un enfrentamiento físico y por la sola fuerza de nuestra "presencia".

En el ámbito de la Armada, por ejemplo, la "presencia naval es el empleo del Poder Naval en acciones no bélicas para conseguir fines de política internacional y cuyo último objetivo es la evitación de

la guerra por medio de un despliegue limitado y visible de la fuerza naval con miras al exterior" (*), lo que no es otra cosa que una forma de "presión psicológica" con fines coactivos que conducirán a disuadir al enemigo de intentar cualquier aventura bélica; y cuyo conjunto integra una "violencia psicológica" aplicada para imponer una política determinada.

O sea: Siempre violencia, sea cual fuere su expresión.

Prestemos atención a los crímenes, los abusos, los secuestros o los enfrentamientos, que vive el mundo. La "ley del más fuerte" no ha muerto; digamos que, en todo caso, no se pregona su vigencia porque los moldes actuales no pueden aceptarla, ya que existen otros ordenamientos legales que amparan al individuo y a la sociedad, y sirven para hacer valer sus derechos al más débil. Eso es lo convenido. Pero, al margen de lo que se pueda haber establecido, hay una realidad a la que ya nos hemos referido anteriormente: la violencia como medio para imponer una voluntad, como medio de coacción, como herramienta política. . .

El Ejército Republicano Irlandés (IRA) lo ha dicho: "Nuestro único medio para lograr una república socialista es la violencia". Su expresión práctica es el terrorismo, en todos sus aspectos.

En general, la violencia terrorista es el medio de acción de la subversión. Asesinatos, crímenes políticos, sabotajes, son ejemplos de cómo aquella se emplea habitualmente. Argelia, Irlanda, incluso nuestro propio país, han conocido de cerca la barbarie terrorista; esa violencia calculada para influir en los comportamientos humanos, del modo más brutal, en beneficio de intereses políticos que no pueden ser conseguidos de otra forma.

Ya se ha dicho en otra ocasión (5) que la subversión hace uso, para lograr sus propósitos, de dos aspectos del terrorismo: Su expresión violenta y su ex-

(*) Del artículo "Presencia Naval" (3), que recomendamos al lector interesado en temas militares de esta índole, por la concepción práctica y efectiva que en él se hace del arma psicológica aplicada a la problemática naval.

presión sicológica. La primera es un terror físico. La segunda lo es moral, espiritual; no en balde el objetivo táctico de la guerra sicológica —y, por tanto, del arma sicológica— es "la mente del adversario".

El terrorismo, ciertamente, es un medio de acción sicológica. Pero, ¿es cierto el recíproco?

Eso es lo que se trata de ver ahora.

El arma sicológica, sustituta de la violencia

Maurice Megret (1) dice que la guerra sicológica es "la técnica de la discordia", "el arte de la desintegración". Por sí solos, estos calificativos nos dan una idea del poder que en sí misma tiene aquélla.

El terror potencial de una acción sicológica, en ocasiones, será mayor que el que pueda producirse con el terrorismo físico. Incluso una "operación sicológica" puede prescindir del empleo del terrorismo (como expresión física de la violencia) y obtener efectos de igual magnitud que si lo emplease. Concretamente, hasta puede ser conveniente abandonar actividades terroristas en beneficio de los resultados de una campaña de propaganda. Eso sí, aunque el efecto será equivalente, puede ser que, al cambiar violencia física por sicológica, el proceso sufra un retraso apreciable. Pero, de igual manera que con el terrorismo "se corre el riesgo de estrechar lazos, en vez de indisponer contra el gobierno" (4), con el empleo del arma sicológica esto no debe ocurrir nunca, si se han trazado planes adecuados y se han previsto los alternativos necesarios para recurrir a ellos si el principal peligro o fracasa.

La sustitución de la violencia por la acción sicológica puede hacerse mediante el empleo de un método de "hostigamiento sicológico" similar al que vamos a reseñar y que cuenta con el aval histórico de haber sido empleado en el siglo IV por Filipo de Macedonia (1):

—Fomentar el pacifismo, lo cual es una insidiosa forma de infiltración.

—Reforzar y acelerar la "acción indirecta" por medio de "agentes" que propaguen rumores, se infiltren en los partidos políticos y corrompan la administración.

—Inundar la opinión pública de opiniones polémicas, rumores, desinformación... para que se resquebrajen la unión con el gobierno y la cohesión nacional.

El desarrollo de los puntos anteriores —aplicado, naturalmente, a nuestra época— puede darnos el espectro del método filípico.

1º La "infiltración" de ideas pacifistas —que no es lo mismo que "ser pacífico", puesto que esto último admite la "legítima defensa", mientras que el "pacifismo" supone la renuncia denigrante a todo, a cambio de una paz mal entendida—, sólo hará mella en la audiencia a la que esta propaganda está dirigida y no en quienes, por su propio interés, originan la campaña; y esa infiltración conduce al desequilibrio de tal manera que, en realidad, se están "violentando" los tan manidos "derechos humanos", porque se está manipulando la conciencia y la mente, para debilitar su capacidad de resistencia (*) en beneficio, claro es, de los intereses de las ideologías o doctrinas que se infiltran.

2º Reforzar la "acción indirecta" es muy beneficioso para el enemigo. Con los rumores se crean estados de ansiedad en todos los ámbitos, que se exterioriza por un creciente aumento de la irascibilidad en vida y relaciones. Con la infiltración de "agentes" en medios políticos, ejército o universidad, se favorece el estado de tensión y se ejerce violencia sobre sus componentes por este medio. Igualmente, al corromper a los elementos de la administración, se está forzando a la "violencia" que pudiera desprenderse de tales corrupciones.

3º Y, por último, incidiendo en la opinión pública con esos rumores, prodigando opiniones de todo signo y noticias falsas mezcladas con verdaderas, es posible llevarla a tal grado de tensión que, en el paroxismo, habrá de trocarse en violencia física; quizá por terror, por manifestaciones cruentas de algún tipo o criminales de cualquier clase.

(*) Ya se dijo (4) que Sun-Tsu había definido como objetivo supremo del arte militar el "destruir sin combatir la capacidad de resistencia del enemigo".

De la contemplación de este sucinto análisis es de donde tomamos los datos que nos conducen hasta la respuesta a una pregunta que nos formulábamos al principio: La acción psicológica es un modo de terrorismo, en ocasiones. Por tanto, es, como factor de violencia, un sustituto de ésta.

El arma psicológica, multiplicadora de violencia

Cuando se desencadenó la manifestación antiespañola mundial, orquestada por —como excusa— las ejecuciones de octubre, la barbarie europea dio muestras de cómo es posible transformar una "acción psicológica"—la del comunismo internacional— en "violencia multiplicada e incontrolada".

Lo verdaderamente extraordinario fue que, al atacar los Campos Elíseos o el palacio de Pálhava —como ejemplos más conocidos—, no se estaba demostrando solamente un odio tradicional a España, sino también una incultura y un desprecio por el arte, dignos de constatarse en los anales de la historia. Ahora, ¿verdaderamente esas "jaurías" eran absolutamente incapaces de distinguir un patrimonio artístico nacional de lo privativamente político?; o, tal vez, lo que ocurrió fue que la tensión forzada por tanta propaganda (como sustitutivo de la violencia) había hecho engendrar tal "violencia potencial reprimida" que, cuando se levantó la veda de "lo hispano", ni los propios gobiernos —que tal vez habían sido los cauces de esa propaganda o, cuando menos, espectadores autorizantes de ella— pudieron frenar la avalancha y las riquezas nacionales, más que el propio nombre de España, que no se puede ensuciar al arbitrio de lo que los demás quieren, sufrieron las consecuencias por partida única.

Queda claro que lo que pasó en esa triste ocasión no fue sino el resultado de la aplicación a la "campana" del arma psicológica como "factor de violencia".

Lo que ocurre es que si ya hemos visto, en el apartado anterior, cómo el arma psicológica puede sustituir a la violencia con iguales resultados, ahora vamos a comprobar cómo la primera puede ser

factor multiplicativo de la segunda de una manera harto sencilla, puesto que hay cosas que no necesitan demostración; cual es el caso que ahora nos ocupa, porque parece fácil entender que, según lo expuesto, mediante una campaña propagandística adecuada, pueden multiplicarse los efectos producidos por actos terroristas o violencia en general.

Sin más demostraciones.

El arma psicológica como sistematización de la violencia

Desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial —en la que se hizo uso exhaustivo del arma psicológica— las técnicas de guerra han evolucionado cambiando fundamentalmente.

La "guerra fría" con la que Rusia mantenía las hostilidades con el mundo, pero sin acciones bélicas convencionales, exigía de una acomodación de las acciones psicológicas, de tal modo que se pudiera obtener, con el empleo de la "estrategia indirecta", igual resultado que el de la guerra abierta; es decir, guerra al fin y al cabo.

Es muy interesante ver lo que el general Díez de Villegas dice al respecto (2): "La "guerra fría", la lucha política violenta, la guerra, si vale la palabra, de tiempo de paz. Es la guerra en la que Rusia es maestra de la agitación, las huelgas, los atentados, los sabotajes, la violencia por todo sin que la guerra campal surja; la guerra de la agresividad política, de los vetos y desplantes, de la zozobra, de la ofensa. En esta guerra el comunismo hace gravitar siempre la amenaza de su enorme aparato militar. Aun sin hacer actuar a éste, hace así patente su poderío. Le hace "pesar" para amenazar, hasta donde sea posible, a los demás. Es la guerra, sobre todo, de la propaganda, que invita al desarme de los otros. La invitación a la subversión ajena, mientras que aplasta el alzamiento húngaro, polaco o de Berlín oriental. Es muy especialmente la incitación a los países "no-autónomos" contra el "colonialismo", no obstante Rusia detente, por la fuerza del terror, tanto pueblo libre, civilizado y progresivo. Es, en fin, eso: la guerra aún sin cuajar".

Y con la "guerra fría" —alguien la ha denominado "tercera guerra mundial"—, la infiltración comunista mundial inició un camino que le llevaría a objetivos insospechados, gracias al colaboracionismo de algunos intelectuales, de pacifistas y de ventajistas o traidores a sueldo.

Se había iniciado la estrategia indirecta, mucho más rentable que la guerra convencional y con una presencia instantánea en todo el mundo, mediante la profusión de medios de información actuales, con la consiguiente promoción propagandística; de un lado, demostrando el poder que posee el comunismo, y, de otro, captando incautos para su causa. Lo que en todo caso es beneficioso...

El terrorismo y el arma psicológica, puestos en función por la guerra fría, por la "total y permanente guerra revolucionaria" han sustituido otros métodos de guerra convencional, "sistematizando la violencia física y síquica". Podríamos considerar que se ha producido por aplicación coincidente de los siguientes factores fundamentales:

1º El progreso de los medios de comunicación; su modernización y crecimiento.

2º La infiltración comunista mundial; su apoyo y el de otros extremismos (*) a cualquier idea nacionalista o subversiva.

3º La economía de gastos de una operación de guerra psicológica frente a los de una guerra convencional o revolucionaria en la fase de "guerra abierta".

4º La adopción de elementos como el económico, el político, el religioso, el social, etc., para la estrategia moderna, requieren una acción que influya en las mentes, preferentemente.

Shaponhnikow lo dijo: "La política es la continuación de la guerra por otros medios" (**). Luego, si lo permanente para el comunismo es la "guerra", y no hay una exteriorización física de ella, es porque la "sistematización" del arma psicológica como "violencia" la ha venido a sustituir, mediante el empleo psicológico del terrorismo.

(*) Libia, Palestina, Irlanda, Cuba...

(**) O sea, una variación sobre lo que había dicho Clausewitz (1) (2).

Conclusión

El proceso ha sido lento y trabajoso, pero eficaz. Y, desde que las revoluciones menchevique y bolchevique subvirtieron el Estado ruso, cambiando zares blancos por zares rojos, con la leninización del marxismo y las aportaciones teóricas o prácticas de tantos otros, el comunismo se ha ido infiltrando en nuestras sociedades por infinitos caminos.

Su principal medio de acción, el arma psicológica, ha hecho su aparición arrojando las mentes del mundo libre, que son su objetivo más importante. El reflejo es un "factor de violencia", que unas veces la sustituye adoptando sus funciones; otras la multiplica, haciéndola vandálica; y otras, las más, la sistematiza, convirtiéndola en el único modo válido de entendimiento entre el comunismo (y sus secuaces) y el resto del mundo.

La acción comunista por medios psicológicamente violentos se ha hecho tan amplia y continua que alcanza a todos. Alguien debía denunciar públicamente la maquinación comunista que viola toda clase de tratados de no agresión y es la principal enemiga de esos "derechos humanos" que tantas veces como enarbolan para atacar, desprecian si les interesa hacerlo. Pero no es creíble que nadie denuncie nada: las naciones "libres" no se deciden...

Y es que reconocer repentinamente que se llevan años haciéndole el "juego" al enemigo, debe ser insufrible.

Bibliografía

(1) "La guerra psicológica", de Maurice Megret. Editorial Paidós.

(2) "La guerra revolucionaria", de Díez de Villegas. Ediciones Europa.

(3) "Presencia Naval", del capitán de fragata José R. Jáudenes Agacino. Revista General de Marina, octubre de 1975.

(4) "Introducción al Arma Psicológica", del autor. Revista General de Marina, mayo de 1974.

(5) "El terrorismo en la guerra moderna", del autor. Revista General de Marina, junio de 1975.

De "Revista General de Marina".